

Francisco García Pavón

**Nuevas
historias
de
Plinio**



Nueva entrega de las andanzas detectivescas de Plinio, jefe de la G. M. T. y su inseparable ayudante el veterinario don Lotario, trasuntos manchegos de Holmes y Watson.

Es un compendio de relatos y narraciones breves, no solo de casos auténticamente detectivescos. También se narran los quehaceres «parapolicíacos» de los dos camaradas, que entre bromas y veras investigan toda clase de conflictos humanos, punibles o no, que merecen ser averiguados, aquellos sucesos que marcan la vida de un individuo o perfilan la trayectoria de un pueblo, y, en fin, todas aquellas peripecias, buenas o malas que conforman la convivencia humana.

*A Carlos y Luis Rodríguez Viña, por nuestra tarea y
leal amistad de veinticinco años.*

Prólogo casi innecesario

Esta breve colección de historias o «casos» de Manuel González, alias Plinio, jefe de la G. M. T., la divido en dos partes por razones estéticas y cronológicas.

En la primera figuran tres «casos» de la época en que yo situaba la rural epopeya de Plinio en los años veinte. Tiempo más próximo a las vividuras infantiles que me cuajaron el personaje. *El Quaque*, historia que abre este libro, fue el primer cuento que escribí con este policia como protagonista, al que llamé Plinio no sé todavía por qué. Nombre pedantesco y facilón que se me cayó de la pluma sin mayor estudio. Algo parecido ocurrió después con el de don Lotario. Pero tal vez por su génesis intuitiva, estos nombres han resultado pegadizos. *El Quaque* tuvo un premio de la vieja revista *Ateneo* y se publicó en sus páginas por aquellos primeros años cincuenta. Al reproducirlo en estas NUEVAS HISTORIAS DE PLINIO estuve tentado de volverlo a redactar para acercarlo al actual tono y pulso de mi prosa, pero a última hora decidí dejarlo como estaba, porque cada cosa tiene su edad y cualquier afeitado o simulación es atentar contra los pasos de la naturaleza. La historia del *Quaque* sucedió en mi pueblo y me la contó el gran pintor y admirado amigo que fue don Francisco Carretero Cepeda... Yo, aquí, mejor dicho, entonces, la referí a mi manera, como Carretero me la refirió a la suya. Que muchas veces, las historias crecidas por tradición oral son más bellas por los añadidos y omisiones con que las afectó el pueblo transmisor, que por su hechura original.

Los carros vacíos, segunda pieza de estas NUEVAS HISTORIAS DE PLINIO, es la primera novela corta que hice so-

bre Plinio, y la sitúo igualmente en el primer tercio de nuestro siglo. Debió ser redactada en los últimos años cincuenta y publicada en la «Novela Popular» de Alfaguara, en 1965. En ella se relata otro sucedido que oí contar muchas veces. Desde Tomelloso se va a Manzanares por una carretera estrecha que llaman por allí «el carreterín de Manzanares». Al pasar por las «Cuestas del hermano Diego», caricatura de cerros rojizos, que remontan unas cuartas aquellas llanuras, justamente junto a la vía del tren, desde medio siglo a esta parte, a los tomelloseros nos han contado la gesta melonera de aquellos crímenes perrilleros. Yo, naturalmente, la escribí con mis apaños y fantasía particulares, y a lo mejor, para que se vea cómo son las cosas de esta vida, será la mía la única versión escrita que quede de aquellos sucesos tan tremendamente recordados por miles de bocas antiguas. En esta novelilla aparece por primera vez don Lotario como ayudante de Plinio. Inmediatamente escribí otras dos novelas cortas de este tiempo: *El carnaval* y *El charco de sangre*, publicadas por Plaza-Janés en su colección «Rotativa» con el título de *Historias de Plinio*.

Corresponde igualmente a esta cronología el relato *Los jamones*, publicado en las dos primeras ediciones de mi libro *Los liberales* como un cuento más, y está basado en el hecho cierto de unos jamones que robaron a mi abuela Emilia Salinas, pero que, desgraciadamente para ella, no aparecieron jamás por la sencilla razón de que no hubo un Plinio a mano para encomendarle el caso... Pienso a veces que la principal misión de las novelas policíacas es dar esperanza al pueblo bueno de que hay justicia en la tierra y de que se arreglan hasta los casos —como éste y tantos otros— que para siempre quedaron impunes.

Las cuatro narraciones que componen la segunda parte de este libro son las últimas que han salido de mi pluma. Posteriores, por tanto, a *El reinado de Witiza*, *El rapto de las Sabinas* y *Las hermanas coloradas*, en las que ya sitúo a Plinio y a don Lotario en los tiempos que estamos viviendo.

En ellas, más que casos policíacos en el sentido clásico, trato de los quehaceres «parapolicíacos» de Plinio y don Lotario. De sus distracciones vecinas a la pesquisa cuando no hay caso real que atender. De la investigación de conflictos humanos, que aunque no sean punibles merecen ser averiguados. Un policía, en sus ratos libres, puede ser parejo, salvas todas las distancias, a un historiador que investiga. No sólo merecen crónica los hechos delictivos o heroicos, también aquellos poco corrientes que, al parecer inofensivos, marcan la vida de un individuo o de una familia e incluso pueden perfilar el empaque de un pueblo. Si yo tuviese talento para ello, me gustaría hacer de Plinio no un exclusivo investigador de crímenes, robos y secuestros, sino de sucesos humanos no codificados, cuyo fruto, en lo bueno y en lo malo, conforma la convivencia humana... Aproximaciones a este propósito pueden ser las historias de esta segunda parte que título: *El huésped de la habitación número 5* y *El caso de la habitación soñada*.

Madrid, junio 1970.

**De cómo *el Quaque* mató al hermano
Folión y del curioso ardid que tuvo el
guardia Plinio para atraparlo**

A Manolo Perona, el camarero de Plinio.

Con haber en el teatrillo del pueblo cupletistas y estar el tiempo metido en agua, aquella noche no fueron al Casino más que los inseparables de Heraclio Fournier. Zurraba la lluvia de lo lindo desde que amaneció y las calles venían rebosantes de las aguas rojizas del monte. Los hombres llegaban al Casino bufando y sacudiéndose las capas y gabanes. Sobre el suelo entarimado quedaban las huellas de las botas mojadas, y una pegajosa y caliente humedad se respiraba en el salón. A la luz pajiza de dos lámparas menguadas advertíase un ambiente espeso de humos y vapores encerrados. Sobre los tapetes verdes, unos hombres, ausentes de todo, con las boinas caladas y el cigarro en la comisura de los labios, manejaban sin cesar unas cartas mugrientas, dando grandes golpes con los nudillos, ensordecidos por el fieltro, sobre el tablero de la mesa cuadrada. Alrededor de cada partida, sentado o de pie, había un piquete de mirones adormilados.

El camarero —*Peluco*— dormitaba junto a la estufa, con la greña cana sobre los ojos. De cuando en cuando, si los jugadores levantaban la voz en sus villanas discusiones, *Peluco* alzaba un poco los párpados para en seguida volver a cerrarlos. La partida que más atraía la atención aquella noche era la de *el Quaque*. Éste, con otros tres, entre ellos el tío Folión, jugaban «al golfo» tres horas ya, de a peseta el juego. *El Quaque*, con la cara muy pálida y sus purulentos ojos encendidos, a cada nada daba tales puñetazos sobre la mesa, que todos parecían atemorizados y deseosos de acabar pronto la partida. Al *Quaque* casi siempre le daba bien el naipe, y al tío Folión, mal; pero aquella noche, por

un capricho de la suerte, las cosas ocurrían de muy distinta manera y era el Folión quien tenía entre sus manos ya más de diez duros del encolerizado contrincante.

El Quaque, que por entonces tendría unos veinticinco años, había dedicado lo mejor de su vida a atemorizar a la gente. Era hombre anguloso, con mucho cuello, nuez ofensiva y cara de perro galgo; pero con ojos saltones y siempre echando chispas de ira, cosa esta muy impropia de los galgos. Iba siempre vestido de pana negra, con una boinilla de hongo que nadie le vio quitada jamás, pantalones muy estrechos, y tan cortos, que se le veían enteras las boconas botas de elásticos y buena parte de los pardos calcetines. Andaba siempre dando zancadas y con ambas manos en los bolsillos del pantalón, como si tuviese prisa de encontrar a alguien para degollarle. Siendo niño, le quitó a su padre un enorme revólver, que ya no abandonó hasta el día que lo llevaron a la trena. Como se le notaba mucho el bulto del arma bajo la ceñida chaquetilla, todos los niños solíamos mirarle a la parte del bolsillo trasero del pantalón, por ver aquel fenómeno de bulto que hacía el pistolón del *Quaque*. Hablando éste de su arma, solía decir «que daba cada berrío que temblaba el orbe». Siempre hablaba dando voces, mirando con iracundia y golpeando las mesas o paredes con su puño huesudo y duro. A los señoritos les llamaba «levitas» y solía escupir cuando pasaba ante ellos. Su padre y dos hermanas habían muerto tuberculosos, y él, al decir de las gentes, tenía también «un sapo en los fuelles». Hombre violento y endemoniado, ya en la escuela pegó un navajazo a un condiscípulo, porque arrancó a nuestro hombre el rabito de la boina. Vivía de vender piensos en un cuartuchín que tenía junto a la posada de los «Portales», y el juego era su única diversión. Nadie en el pueblo quería cuentas con *el Quaque*, y no era raro verlo pasear solo por las afueras, con ambas manos en los bolsillos y a toda velocidad. No había blasfemia que no dijese mil veces a la hora, y a toda la Humanidad se la tenía por enemiga, aunque

no solía buscar a nadie para provocarle. En el fondo, era taciturno y dado a las negras cavilaciones, en las que de seguro no dejaría de intervenir de manera muy activa su enorme revólver. No bebía ni tenía amigos fijos. Cuando llegaba al Casino, más por la fuerza que de grado, hacía partida con los primeros que encontraba.

El tío Folión, por el contrario, aunque muy vago, era hombre bien visto en el pueblo. De buen natural, gordón y coloradote, comiendo y bebiendo pasaba los mejores ratos de su vida. Tenía chispa contando cosas, y era el hombre del pueblo que más consejas y sucesos conocía. A sus setenta años, siempre andaba con mocetes... y ello le perdió. Le dominaba el vicio del juego, tal vez porque perdió siempre, pero el hombre llevaba las cosas con mucha resignación y filosofía. Se contaba de él, que siendo concejal organizó entre las amas de casa un concurso de rosquillas de anís y, como único jurado, se pasó un día entero por todas las casas del pueblo probando las rosquillas. Los agraciados con el premio le invitaron a cenar..., y Folión pidió rosquillas de postre, de las que se zampó una docena.

Aquella noche, con la novedad del ganar, el tío Folión estaba muy dicharachero, diciendo bromejas al *Quaque* y haciendo chistes sobre los accidentes del juego.

Con venirle las cosas tan negras, *el Quaque* estaba para estallar. Las burlas le tenían acerado y encerado el rostro más que de costumbre, y cada vez que robaba carta, mientras la punteaba, no le llegaba el culo a la silla. Aguantáballo todo sin despegar el pico, sin duda por miedo a que le temblara al hacerlo toda la caja de la boca. Muy a menudo soltaba un aire estrepitoso por sus narices de alcayata; pero su mayor elocuencia consistía en lanzar miradas raseras y de soplete al hermano Folión.

Las últimas dos pesetas que le quedaban al *Quaque* las tiró a la mesa como si estuvieran apestadas. Acto seguido dio una patada a la silla y salió bufando del Casino. Del portazo que dio, así como de las estruendosas carcajadas

que soltó el tío Folión cuando le vio salir, despertó el camarero *Peluco*, dando un respingo y diciendo:

—¡Voy!

No se apartó mucho del Casinillo *el Quaque*, después de dar el portazo. Se quedó pegado al cafetín de la Lola, que estaba en la misma esquina del «Pretil». No había luz alguna en aquel lugar, y *el Quaque* podía acechar muy a su sabor, sin quitar los ojos de la puerta vidriera del Casinillo, que sobre las completas tinieblas se dibujaba con un cuadrante de luz amortiguada. Había cesado la lluvia; pero un vientecillo barbero silbaba estremeciendo de firme los árboles de la plaza próxima.

No llevaría un cuarto de hora *el Quaque* en su negro acecho, cuando se abrió la puerta del Casinillo y se vio salir, por el recuadro rojizo de su luz, la abundante naturaleza del tío Folión, envuelta en su pañosa. Confiado y contento, sintiendo los diez duros del *Quaque* en la faja, junto al ombligo, venía cantandillo aquello de:

*De la uva sale el vino,
¡qué rico vino!
plin, pliriplín...
De la uva va a la cuba,
¡qué rica cuba!,
plin, pliriplín...
¡qué rico está en la cuba!...*

Cantaba bajo el embozo de su capa, y la voz le salía gorda y abrigada, como si cantase en la cama.

Cuando hubo pasado un buen trecho del bar de la Lola, *el Quaque*, sigiloso, encorvado y desconchando las paredes de puro ceñido a ellas, echó tras el gordinflón. Así que entró Folión en la calle de las Huertas, *el Quaque* apretó el

paso, aunque sin perder el silencio. Llegó hasta unos cuantos metros del gordo, que cada vez más metido en su gozo, cantaba a grandes voces... Ya iba por aquello de:

*... de la copa va a la panza,
¡qué rica panza!,
plin, pliriplín...*

cuando *el Quaque*, dando un par de zancadas, se echó por la espalda sobre el tío Folión. Éste no tuvo tiempo de volverse. Anudándole los brazos al cuello y clavándole la rodilla en los riñones, *el Quaque* hizo fácilmente tronchase al gordo, que dio en el suelo encharquitado, con toda su naturaleza. Poniéndole luego una rodilla sobre la barriga y el codo en la boca, le arrancó de un tirón la bolsita que llevaba en la faja con el dinero.

—Toma bollagas —le dijo, sacudiéndole unos puntapiés—; de mí no se ríe nadie...

Pero cuando *el Quaque* intentó marcharse, la cosa no fue fácil. El tío Folión le había cogido una pierna y abrazándola con todas sus ansias, le mordía en la enjuta pantorrilla. *El Quaque* gritaba sordamente y aporreaba con ambos puños la calva cabeza del gordo. Pero éste no soltaba su bocado... Fue entonces cuando el mozo sacóse de un tirón su histórico revólver y le dio al mordedor un «casquío» a quemarropa... Se aflojó la boca del tío Folión. *El Quaque* echó a correr como loco, creyendo que el eco repetía mil veces el ruido de su disparo. Al llegar a la calle de Martos, se serenó un poco. Tiró por una lumbrera la talega del tío Folión, guardándose los cuartos, y empujado por una repentina y tozuda idea de desquite, enderezó sus pasos hacia el Casinillo... Sin darse cuenta, con voz cascada y trágica, iba repitiendo la canción que oyera a su víctima:

De la cuba va a la bota,

*¡qué rica bota!,
plon, ploroplón...,
¡qué rico está en la bota!*

Cuando Plinio, el jefe de policía municipal, llegó del teatro al Ayuntamiento dando tiritones y con la punta del cigarro en la boca, Rosendo, el guardia de servicio, que estaba arreplantado sobre el brasero, le dijo:

—Poco me equivoco si lo que se ha *sentío* por ahí hace poco no ha sido un tiro.

Plinio, que se había puesto en cuclillas ante el brasero, levantó la cabeza y le miró astutamente, con los ojos entornados, según acostumbraba:

—¿Dices que un tiro?

—Sí, señor... Que no soy yo de los que confunden los tiros con los cohetes.

—Pues anda y búscate a los serenos que estén más cerca, a ver qué dicen.

Rosendo se levantó de mala gana. Se estiró, se vistió la pelliza con cuello y puños de astracán y salió carraspeando del cuartillo de guardia.

Plinio tenía fama de ser el hombre más pacienzudo y callado de Tomelloso. Oía siempre con el cigarro pegado a la boca y cara de escéptico. Llevaba casi veinte años «arras-trando el sable», como él decía, y sabía más del pueblo que nadie. Dotado de gran talento natural, sabía mucho del corazón humano, aunque «en pardo». Sin decir nada, con el solo instrumento de sus ojos socarrones, desarmaba a los rateros, placeras de malas artes, prostitutas rústicas, robamulas y demás sujetos de su habitual clientela. Famosos eran sus ardidés y coartadas, como algún día dirá la historia; y muy pocos sucesos, grandes o pequeños, quedaron por discriminar en su mandato..., a no ser aquel famoso robo de la tonelería, que hacía entonces tres años que no le dejaba dormir.

Sin pedir permiso, un hombre liado en una manta entró en el cuartelillo de guardia, y se quedó varado, con los ojos fijos y la boca a medio abrir.

—A la paz de Dios —dijo al fin.

Plinio lo miró sin responder de momento.

—¿Qué hay?

—*Pos, na*; que venía de ver a mi yerno, que está un poco averiao, y al cruzar la calle de las Huertas me ha parecido ver en el suelo un bulto.

—¿Te ha parecido verlo o lo has visto?

—Sí, señor; lo he visto. Es un hombre muerto... Poco me equivoco si no es el tío Folión.

En éstas estaban cuando entró Rosendo acompañado de dos serenos.

—Éstos dicen que no han oído *na* —dijo.

Plinio le miró con su cara socarrona, ladeando un poquito la boca, en sonrisa capada.

—Vete a avisar al juez. Y tú —a un sereno—, al forense. Y tú —al otro sereno—, vete al Casinillo y dile al *Peluco* que me traiga un café bien cargado, en seguida.

Mientras venía *el Peluco*, *Plinio* mandó a otro guardia para que guardase el cadáver... Pero *el Peluco* llegó en seguida.

—Buenas noches, jefe.

—¿Ha estado el tío Folión esta noche en el Casino? —le preguntó de sopetón.

—Sí. Por cierto que le ha ganado toda la «chatarra» al *Quaque*.

Plinio tomaba la tacita de café a sorbitos menudos.

—¿Hace mucho que salió el hermano Folión de allí?

—Sí, hará casi una hora.

—Y *el Quaque*, ¿se fue también?

—Sí, pero volvió en seguida. Se conoce que fue a su casa a por dineros.

—¿Quién salió antes?